
EL ÚLTIMO AMOR.

I.

Caía el sol de una suave tarde de otoño, reflejando sus últimos rayos en un dilatado estanque, guarnecido y sombreado de altos álamos, aun verdes con esa última belleza que la naturaleza ofrece en la estación más triste y más poética del año.

En el fondo del estanque se movían multitud de peces de colores, y una pareja de cisnes, blancos como la nieve, se perseguían graciosa y majestuosamente; imágen del amor y de la castidad, se mecían con tranquilidad en el cristalino lago, y de cuando en cuando sacudían sus alas salpicando de cristalinas perlas las flores que, colocadas en macetas, guarnecían el pretil de mármol del estanque.

Un extenso jardín, exuberante de vida, de luz, y que ostentaba una espléndida vegetación, se extendía al derredor de aquella trasparente sábana; y por encima de su peristilo, adornado de artísticas y graciosas estatuas, se abrían las

ventanas anchas, y muy poco elevadas, de una habitacion más cómoda que ostentosa, y que aparecía amueblada con una sencillez del mejor gusto.

La brisa de la tarde mecía levemente las amplias cortinas de lana, bajo las cuales lucían otras de muselina su deslumbrante blancura; algunos sillones de tamaños diferentes se veían diseminados por la estancia, y un piano mostraba aun en su atril una pieza de música, abierta en la última hoja, como si hiciera poco que acababa de ejecutarse.

Veíase por encima de los muros, no muy elevados, del jardín los campanarios de algunos pueblecitos de los que se extienden al derredor de Madrid; pues el edificio en que se abre la acción de esta historia era una hermosa quinta situada cerca del pequeño pueblo de Chamartín, y cerca también de la capital de España.

Todo era en el jardín perfumes, tranquilidad y poesía; una fuente, nacida en la pared y bajo un tapiz de verde y espesa yedra, cantaba dulcemente, acompañando el pjar de los pajarillos que iban á bañar en sus aguas la parda y leve pluma; el viento de la tarde, al mecer los árboles, hacía caer al suelo algunas hojas secas; y luego las hacía volar con ese rumor misterioso que infunde al alma tanta y tan dulce melancolía.

Las estatuas del peristilo representaban las

nueve musas y las cuatro estaciones, y no podía equivocarse acerca de su mérito ni el más profano observador; la firmeza y transparencia del mármol brillaba en sus contornos, y la pureza y gracia de sus formas era tal, que se admiraba á la mente que las había creado, y á la mano que las había dado forma, sin poderse defender de un poderoso entusiasmo.

Cada dos estatuas estaban separadas por un jarrón de jaspe oscuro, de artística forma, que contenía un arbusto cargado de flores y de verdor, y sostenido en un zócalo, asimismo de jaspe.

Algunos asientos rústicos guarnecían las paredes del peristilo, y un gran velador de mármol, con pié de encina tallada, sostenía un servicio de té para dos personas, un libro y un pañuelo, que, aunque muy sencillo, decía pertenecer á una mujer, á causa de la delicada finura de su tela y del suave perfume que exhalaba.

El silencio solemne de la tarde se turbó de repente con el ruido leve de unos pasos que se iban acercando por la gran calle guarnecida de tilos que ocupaba el centro del jardín, y no tardó mucho en hacerse más distinto, dejándose ver el que venía.

Era un hombre que llegaba al parecer á los cuarenta y cuatro años; su figura, distinguida hasta donde puede llegar el tipo más acabado

de lo noble y de lo bello, llevaba impreso el sello de una profunda tristeza.

Era de elevada estatura, de tez bastante morena y pálida, ya por ser en él natural lo quebrado del color, ya por el estudio, ya en fin por penas morales que habian esculpido tambien en su persona su indeleble sello.

Una frente elevada y erguida por la natural costumbre de mandar, coronaba aquel noble semblante, y lo terminaba una barba negra y luciente, naturalmente rizada, y que empezaba á ser gris en los lados, así como sus cabellos, que poco antes habian ostentado sin duda el brillante matiz del azabache.

Sus grandes ojos negros tenian una admirable expresion, mezcla rara de tristeza, de dulzura y de altivez; miradas á la luz tranquila de aquella tarde, sus anchas pupilas tenian un fondo verdoso y profundo, como iluminado por una ráfaga que venia del alma; miradas á la media luz del crepúsculo, el terciopelo era ménos negro y ménos afelpado.

Largas pestañas negras orlaban aquellos ojos como franjas de seda, y los coronaban unas cejas arqueadas y estrechas, tan dulce y á la par tan varonilmente modeladas, que fijaban de una manera invencible la atencion y el pensamiento.

Era su nariz aguileña, un tanto larga, y del más perfecto y más puro dibujo romano; y sus

lábios, mediana é igualmente gruesos el inferior que el superior, acarminados y suaves, dejaban ver, al hablar y al ronreirse, dos filas de dientes blancos é iguales como las cuentas de un collar.

La estatura de aquel hombre era alta, pero no con demasía; su corpulencia la regular, sin tocar ni en la obesidad ni en la delgadez; los extremos indicaban la perfeccion exquisita de las personas de buena raza; pues sus piés y sus manos tenian la delicadeza y la elegancia de forma y de tamaño que tanto encanta á la vista, y que es tan difícil de encontrar, sobre todo en los hombres.

Su traje decia admirablemente con su persona: se componia de pantalon ceñido, redingote corto y chaleco cerrado, todo de paño azul: algun involuntario movimiento dejaba ver empero la deslumbrante blancura de la camisa, y el cuello alto de la misma encuadraba su bello, dulce y varonil semblante con una elegancia del todo exenta de pretensiones, pero completa y perfecta, por lo mismo de ser tan natural.

Un guante de color oscuro encerraba sin oprimirla su mano, admirable así por la pureza de su forma, como por su tamaño.

La izquierda la llevaba guardada en el bolsillo de su pantalon.

Por debajo del cuello á la inglesa de su camisa, pasaba una corbata de gró negro, anuda-

da al descuido, pero con extrema elegancia; el sombrero, un poco inclinado hácia los ojos, no podía ocultar ni el firme y puro contorno de sus mejillas, ni la luminosa pero profundamente triste mirada que salía de los ojos de aquel hombre.

Al llegar cerca del peristilo, se volvió como buscando á alguno; y no hallando á nadie, empezó á subir las gradas para entrar en la casa.

Ya llegaba al umbral, cuando llegó á su oído una vocecita delgada que preguntó:

—¿A dónde va Vd., caballero?

El recién llegado alzó la cabeza; y despues de un segundo de contemplacion, saludó con grave y dulce cortesía, quitándose el sombrero, y sin dejar ver en su rostro la señal más leve de admiración.

Y sin embargo, no habia poco que admirar en la gentil figura que acababa de aparecer en una de las anchas ventanas.

Era la de una jóven que llegaria apenas á los diez y ocho años: tal á lo ménos lo decia la gracia fresca y cándida que resplandecia en toda su figura.

Un bosque de cabellos oscuros se partian sobre su frente con dulce y suave ondulacion, bajando luego á guarnecer las sienas como dos bandas de seda; sus ojos, que tenian en su color algo del sombrío azul de la pizarra, y algo del grís del plomo, se abrian llenos de alegría bajo unas cejas castañas y sedosas, de un matiz más claro

que el cabello; su boca, que formaba un arco de coral, tenia un habitual mohin de burla inocente, que encantaba; era su cuello delgado, con la graciosa esbeltez de la primera juventud, y su cabeza algo abultada, á causa de la rica y exuberante profusion de sus cabellos, que se enroscaban en lustrosas y pesadas trenzas desde la nuca hasta cerca de la raya que formaba su peinado.

Llevaba un traje alto de popelina gris, graciosamente adornado de bieses de terciopelo, y al cuello una corbata blanca de muselina, cuyo trasparente tejido era semejante á la espuma.

Dos ricas bolas de coral napolitano la servian de zarcillos; y de su manga, estrecha en la parte inferior, salian dos encajes que, rodeando su pequeña y blanca mano, la hacian parecer aun más delicada.

Apoyada en el antepecho de la ventana, y con las manos graciosamente cruzadas, esperó la respuesta á la pregunta que habia dirigido al que llegaba.

—¿A dónde va Vd. caballero?

El interpelado, despues de saludar, volvió á ponerse el sombrero.

—Voy, respondió despues con una media sonrisa, voy á donde Vd. está, señorita.

La jóven le miró asombrada.

—¿Pero, por quién pregunta Vd.? le dijo tras un instante de silencio.

—Por nadie: esperaré sentado en el salon á que llegue su madrina de Vd., la señora condesa.

—¿Es Vd. amigo suyo?

—Es de suponer: y lo raro es que tambien de Vd. lo soy desde hace tiempo.

Y esto diciendo, el caballero acabó de subir las gradas del peristilo y entró en el salon, cuya puerta, guardada por dos estátuas, se hallaba en el centro de aquel.

La jóven le miró asombrada.

—¿Dice Vd. que es amigo mio? le preguntó.

—Si, señorita, respondió, sentándose en el sofá y reclinando la espalda con toda comodidad, sin que por eso perdiese nada de su exquisita cortesía: yo soy amigo de Vd. y para probarsele, le diré su nombre: se llama Vd. Carlota.

La jóven dejó escapar un pequeño grito.

—Ha estado Vd. educándose hasta ahora en un colegio de Bayona, continuó el caballero; y ahora, no teniendo padres, viene Vd. al lado de su madrina hasta que se case, que será en breve.

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de la jóven al oír estas últimas palabras.

—Veo, en efecto, que me conoce Vd., dijo sonriéndose, y siento no tener igual ventaja.

—¿Y por qué, señorita? ¿qué puedo yo valer á sus ojos?

—Yo amo todo aquello que interesa á mi madrina, dijo Carlota; y siendo Vd. amigo suyo,

quisiera saber á lo ménos el nombre de Vd.

—Me llamo Mauricio de Riosanto, respondió el caballero inclinándose; y ahora, mi querida niña, yo suplico á Vd. haga decir á la condesa que la espero.

Carlota, subyugada por el acento y la actitud de aquel hombre, le saludó y salió de la estancia, volviendo hácia él una mirada en que entraban por partes iguales la timidez y el asombro.

Un instante despues, entró la condesa.

Era una mujer de un aspecto tan notable como el de la persona que venia á visitarla.

Parecia tener la misma edad; pero la condesa estaba más adelantada en el camino de la vida, á causa sin duda de la mayor delicadeza de su organismo de mujer.

Una masa de cabellos de un rubio tostado y oscuro se enroscaba en la parte superior de su cabeza; sus ojos garzos parecian impregnados de una tristeza profunda; su frente, surcada por algunas arrugas precoces, era aun pura, tranquila y graciosa, á pesar de aquellas señales infalibles de dolor; su nariz recta, su boca movable, dulce, pequeña, y de una forma adorable, aunque marchita, daban á la fisonomía de aquella mujer un encanto atrayente, y del que era muy difícil defenderse, pues llevaba como el sello de una elevada inteligencia y de un gran corazon.

Su traje era sencillo y elegante; un vestido de alpaca, de listas blancas y negras, y adornado en las mangas con estrechos encajes negros, dibujaba á la perfeccion su figura elegante y esbelta; el cuerpo del vestido, admirablemente hecho, dejaba conocer la elegancia de sus formas, y le ceñía una banda de encaje negro que se enlazaba por detras y flotaba en anchas caidas.

Sobre sus cabellos rubios llevaba aquella dama una toquilla, de encaje negro tambien, prendida con una gracia llena de sencillez por medio de alfileres de diamantes.

Otro diamante de gran tamaño y de gran valor formaba cada uno de sus pendientes.

Adelantóse hácia el recién llegado, y le dió la mano con una cordialidad que no pudo ocultar del todo un estremecimiento nervioso.

Riosanto la miró en silencio con una tristeza profunda.

—Veo que aun no estás curada, le dijo á media voz y atrayéndola hácia el mismo sofá que él ocupaba; la llaga no se ha cerrado todavía, y lo siento.

La condesa inclinó la cabeza con profundo desaliento, mientras que Riosanto la miraba con la misma melancolía.

Cuando levantó la frente, una gruesa lágrima brillaba en las largas pestañas de aquella mujer; pero recogióndola fieramente con su pa-

ñuelo de batista, dijo con acento bajo y enérgico:

—¡Basta de tan indigna cobardía! ¡no quiero llorar, y no lloraré!

—Mi buena, mi noble Luisa, dijo con ternura el caballero, no es así como yo creía y como yo deseaba encontrarte: á la vuelta de mi largo destierro pensé hallar en tí una amiga, una hermana cariñosa y dispuesta á escuchar la triste y azarosa historia de mi vida; un corazón todo mio, donde pudiese depositar la amargura que en él han dejado los hombres y las cosas. Luisa, ¡me he engañado! y ahora es fuerza que me pregunte:—¿Dónde irás á llamar en la noche eterna que te rodea?

—¡Aquí! respondió la condesa poniendo la mano de Mauricio sobre su corazón: aquí está tu asilo! sí, en este recinto vive aún una eterna juventud: si el amor hacia tí reside aún en él, no será por mucho tiempo, pues yo trataré de ahogarle para que solo viva en él la amistad; pero soy más dueña de mis sentimientos que de mis impresiones; y aun despues de tantos años de ausencia, mi alma ha sentido el choque... ya pasó... ahora hablemos.

Diciendo estas palabras, la condesa hizo señal á su amigo para que la siguiera, y fué á sentarse en el canapé del peristilo; hizo sonar un timbre, y dijo al criado que se presentó á la puerta:

—Sirvanos Vd. el té, y que nadie venga á interrumpirnos hasta que yo llame.

Mauricio se sentó en una silla al lado de la condesa, y apoyó ambos brazos en la mesa y la frente entre las manos como si desease recoger sus ideas.

El criado trajo el té en un sencillo y elegante servicio de plata cincelada, y se retiró.

La condesa llenó dos tazas, y presentó una á su amigo, que la bebió de un sorbo.

—Escucha, dijo despues; escucha, Luisa, la historia de toda mi vida, y se correrá de tus ojos el velo que durante tanto tiempo los ha ofuscado: ¡ojalá el encanto fatal que te tenia subyugada se acabe para siempre, y que me veas tal cual soy, y no tal como tu imaginacion ha querido hacerme!

II.

Yo soy hijo de una familia noble, pero que contaba con pocos bienes de fortuna; mi padre tenia muchos hijos, y vivia en una pequeña capital de provincia, en la que tenia su modesta existencia: nos adoraba á todos; aunque, dotado de un claro talento, conocia nuestros defectos, y procuraba corregirlos con la posible blandura.

Ninguno de mis hermanos le ocasionó pesares; casáronse todos muy jóvenes; despues de mí habia dos mas pequeños.

A los veinte años, vine á Madrid á seguir una carrera que no quise continuar; yo me creia dotado de un talento sobresaliente, y la vida del periodismo, y aun más la del desórden, me sedujo; estaba cansado de acostarme temprano en mi pueblo y de levantarme con el alba, y me pareció del mejor tono y de la más alta importancia el acostarme á la seis de la mañana, y el levantarme á las cuatro de la tarde; empecé á tratar mujeres de vida alegre, actrices y amigas de los que se llamaban mis amigos; iba á todos los teatros con las personas de mi intimidad, que eran todos periodistas, pintores, artistas en fin; pero todos aquellos íntimos ganaban dinero, porque trabajaban, en tanto que yo, que no habia querido estudiar nada ni aprender nada, nada sabia hacer más que gastar el dinero que mi padre me enviaba.

Aquella vida tenia mucho de angustiosa y fatal; el vértigo agostaba todas las flores, todas las aspiraciones de mi juventud; y cuando pasaba el vértigo, no era la tranquilidad lo que lo reemplazaba, sino un cansancio profundo.

El trabajo, el santo y noble trabajo hubiera podido salvarme; pero toda ocupacion ó pensamiento grave se me resistia al cabo de un año; las ideas giraban en el círculo limitado y estre-

cho de la prosa de la vida; cuando me acordaba de mi familia, de mis padres, de mi hogar, sentía, no ya tristeza, sino una sensación incómoda y penosa: hubiera deseado ser solo en la tierra, arrojarme por completo á la vida de la fiebre, que cada día me seducía más, y olvidarme de todo lo que conocía de noble, bueno y severo.

Pronto agoté todo el dinero de que mi pobre padre podía disponer, y entre lamentaciones y quejas me dijo que no podía hacer nada más por mí; entonces acudí al juego, y gané, lo que acabó de consumir mi perdición.

Algunos amigos consiguieron para mí un modesto sitio en la redacción de un periódico; pero sitio secundario, pues yo no tenía nombre ni talento para escribir política; la mezquina mensualidad que alcanzaba, la gastaba el mismo día que llegaba á mis manos.

Vivía yo con otros tres amigos en una de las calles más céntricas pero más tristes y oscuras de Madrid; ocupábamos el cuarto principal, que estaba constantemente á oscuras; para servirnos á las cuatro la comida encendían luz artificial: vivíamos en la oscuridad exterior é interior, y el poco tiempo que estábamos en casa teníamos que salir al balcón para respirar libremente.

Una tarde que nos hallábamos los cuatro en el balcón, alcé por casualidad la cabeza; maqui-

nalmente miré á una casa que había enfrente, y que era elevadísima, pues constaba de seis pisos; eran ya las cinco de la tarde, y corría el mes de Marzo; tanta oscuridad como había en nuestro cuarto, tanta luz y tanto resplandor bañaba la casa de enfrente; en medio de la aureola espléndida de que estaba inundado un balconcito del cuarto cuarto, ví una figura de mujer.

Caía el sol sobre su cabecita rubia, pequeña y rizada como la de un querubín; dos largas trenzas, desprendidas de su peinado, bajaban por su espalda y pasaban de su talle, corto pero fino, como los que nos muestra la estatuaría en sus más juveniles creaciones.

No se podía adivinar desde donde yo estaba la edad de aquella mujer; pero sí que era una maravillosa criatura, y que la juventud moraba en todo su ser; vestía un traje de luto, adornado de anchos flecos, y corto hasta dejar ver un pié infantil, que apoyaba con descuido entre los hierros del balcón.

Como un rayo de esos azulados productos químicos que se encierran en una bomba de cristal y que brillan de una manera deslumbradora heridos por el resplandor del gas, veía yo brillar y sonreír sus grandes y bellos ojos azules, que se abrían bajo dos cejas admirablemente dibujadas; su boca era una flor de coral; y su frente, que no era ni ancha ni estrecha, á pe-

sar de estar cargada de cabellos, ostentaba una gracia suprema y una inteligencia poco comun.

Todo en aquella criatura hablaba de delicadeza, de noble raza y de extrema distincion; yo veia sus manos, heridas por la viva luz del sol, y me parecian modeladas por Fidias; su garganta, hasta la cual subia castamente el escote de su traje, tenia una gracia adorable; á través de su larga manteleta se adivinaba su talle de ninfa y su pecho de vírgen; y en la postura de su cabecita se advertia un encanto ideal que solo permitia admirarla con el alma, sin que los sentidos tomasen parte alguna en aquella contemplacion.

Tal fué la encantadora aparicion que se presentó á mi vista despues de una noche de orgía y de un dia de desesperacion, pues la mujer que me amaba ó me lo decia, me pedia dinero y yo no podia dárselo, porque no lo tenia.

Aquella luz en que estaba envuelta la jóven contrastaba de tal suerte con la oscuridad que me rodeaba, y la luz que brotaba de todo su sér formaba tal contraste con las tinieblas morales que me envolvian á mí, que siendo, á pesar de mi triste y estéril vida, algo poeta, la creí por algunos instantes una aparicion del cielo.

Ella inclinó los ojos hácia el oscuro balcon donde nos apoyábamos los cuatro; pero no de una manera deliberada, sino casualmente: un segundo miró con curiosidad hácia aquel sitio; y ha-

llando mis ojos fijos en ella, volvió los suyos sin afectacion, al mismo tiempo que una ligera tinta rosada se extendia por sus mejillas, redondas y llenas como las de una niña. Ya hacia rato que yo tenia fijos en ella los ojos y el pensamiento, cuando uno de mis compañeros de habitacion alzó los suyos y la vió.

Esto me contrarió de una manera tal, que me admiré yo mismo.

—¡Calla! allí hay una vecina, dijo el que habia mirado.

—¿Donde? preguntaron los otros.

—Ahí enfrente, en esa casa que parece una torre, y en el balcon de debajo del tejado.

—¡En efecto, exclamaron los otros; y parece bonita!

—Es muy pequeña, repuso el que primero habia hablado, que adoraba á las mujeres que se conocen por el dictado de *buenas mozas*; su estatura apenas llega á mediana; además, es delgada.

—No se parece á tu Susana, es verdad; pero es difícil hallar una mujer con más gracia y armonía en toda su persona.

La que era objeto de esta conversacion, advirtió que estaba fija en ella la atencion de todos los del balcon, ménos la mia; yo solo, desde que la miraban los demás, habia separado de ella los ojos.

Entonces volvió á mirar al lado opuesto de aquel en que nos hallábamos; y un instante des-

pues entró en el aposento, y cerró el balcón con un movimiento sencillo y natural.

Sin embargo, á través de las blancas cortinillas que cubrían á medias los cristales yo veía su cabeza rubia, que ora se apoyaba en ellos, ora se volvía para hablar con alguno que se hallase en el fondo de la habitación.

III.

¿Quién era aquella mujer?

Esta era la pregunta que yo me dirigía sin cesar desde el instante en que dejé de verla, por haber sucedido el crepúsculo á la luz de la tarde, hora en que pasábamos al comedor.

Distraído, preocupado y silencioso, apenas pude tomar algun alimento; y cuando mis amigos se levantaron de la mesa para ir á respirar la sofocante atmósfera de un café, yo me quedé en casa algunos instantes más para poner por obra un proyecto que tenía.

Llamé á nuestro criado, y le pregunté si sabía quién habitaba el cuarto cuarto de la casa de enfrente.

—No lo sé apenas, me respondió. No hace un mes que se ha ocupado.

—¿Y quién vive en él?

—Una señorita con una criada.

—¿Solas?

—Sí señor.

—¿Pero esa señorita no tiene familia?

—Dicen que no.

—¿Y quién lo dice?

—Su criada.

—¿La llamas señorita solo porque es jóven, ó porque sabes que es soltera?

—Yo no sé lo que es, señor, contestó el criado, ni su misma criada sabe si es casada ó no; pero su aire parece de ser soltera.

—Infórmate de todo cuanto puedas, y dime-lo mañana; pero á mi solo; ¿lo oyes? que nadie se aperciba del encargo que te hago, y yo te recomendaré.

El criado salió, y yo me acerqué al balcón, mirando al de enfrente.

Las maderas del de mi vecina estaban abiertas, y á través de los cristales pasaba el resplandor á la vez dulce y vivo de una lámpara.

—¿Qué hará? me pregunté; ¿qué hará á estas horas? ¿estará sola?

Poco á poco esta curiosidad tomó una intensidad devoradora; y no pudiendo resistir á ella, pensé solo de qué modo podría satisfacerla, aun á costa del más grande sacrificio.

De repente me acordé de que, en una de las bohardillas de la casa en que habitaba, había una pobre mujer que estaba al cuidado de la ropa blanca de la casa; y pensando que su ventana

daba enfrente del balcon de mi vecina, subí al instante la escalera.

—Tecla, le dije, permítame Vd. que abra los cristales para ver una cosa que me interesa.

—¿Qué dice Vd., señor? exclamó la buena mujer, que cosía: Vd. es muy dueño de toda mi casa: abra Vd. y mire cuanto quiera.

Abrí, y pude ver de cerca á la que ya dominaba en mi alma con todo el atractivo que ha tenido siempre para mí lo misterioso y lo desconocido.

Hallábase sentada delante de una mesa redonda y cubierta con un tapete, y escribía una carta, á juzgar por la orla de luto que adornaba el papel; su pequeña mano corria, llenando la blanca hoja de una letra que se podia asegurar era fina y menuda; su cabeza, inclinada, dejaba ver la gracia peregrina de su cuello, y el abundoso cabello que brotaba en la nuca, y que, peinado de modo que descubria toda la gallardía de la misma, se recogia en gruesas trenzas sobre la parte superior de la cabeza; de las otras dos trenzas que bajaban á lo largo de su talle, una se habia vuelto adelante, y caia adornando su rostro dulce y lleno de sensibilidad.

Se habia quitado la manteleta, y el cuerpo de su vestido, bastante holgado, impedia ver la delgadez y delicadeza de los contornos, aunque yo pude aperebirme de ella á causa de esa intuicion misteriosa que nos lleva á adivinar lo

que pertenece á la persona que nos es amada.

Yo ansiaba que alzase la cabeza para ver bien su rostro, y despues de algunos minutos de expectativa lo conseguí por fin, al volver ella la página del papel, llena ya de su letra ligera y correcta, pues escribía con mucha rapidez; mientras volvía la hoja, pude yo ver aquel rostro que miraba sin cesar en el fondo de mi pensamiento.

No era ni tan jóven ni tan bonita como de léjos me la habia figurado; pero ¡cuánto más atractivo habia en ella cuando se la miraba de cerca! el pensamiento, y acaso amargas penas, habian marchitado la frescura de su rostro; pero la sensibilidad, la dulzura y la pasión estaban escritas en él con imborrables caracteres; mirándola con cuidado, se la daban de veintitres á veinticinco años; mas, á primera vista, la gracia sencilla y dulce de sus movimientos no acusaba más de diez y ocho; y esto es lo que me habia engañado á la larga distancia que separaba su balcon del mio.

Su mirada era profundamente triste, pero tambien profundamente dulce: cuando escribía, sus anchos párpados inclinados y orlados de largas pestañas de color castaño, dorado y armonioso, daban á su aspecto tal sensibilidad y una gracia tan modesta y tan pura, que mi corazón, dormido ya por el exceso de todas las sensaciones groseras, se levantaba en mi pecho

como un niño que despierta de un sueño profundo al sonido de una música armoniosa y encantadora.

Era evidente que aquella jóven contaba la misma edad que yo; y al verla pensaba en que lo inmortal no tiene edad, y en que aquella mujer no nació de los seres que viven en el mundo real, donde tanta oscuridad me envolvía.

Respiraba todo su ser una tristeza profunda, pero combatida con la paciencia y la reflexión: daba pena ver el hondo pliegue que dividía sus cejas dulces, suaves y sedosas, como si las hubiera dibujado la mano misma de la inocencia; aquel pliegue acusaba largos días de dolor, graves y amargas meditaciones.

Sus movimientos estaban sellados por una viveza llena de gracia, por un candor natural que llamaba la atención y la fijaba con una fuerza invencible. Cuando hubo vuelto el papel por el único lado que ya quedaba blanco, volvió á tomar la pluma y se puso de nuevo á escribir con atención sostenida y profunda: despues de llenar como la mitad de aquella hoja, se detuvo... una ancha lágrima habia caido en ella... sacó del bolsillo su pañuelo, enjugó sus ojos, echándose sobre el respaldo de la silla con un movimiento de aflicción profunda, y luego, sobreponiéndose á su pena, secó con la punta del mismo pañuelo aquella gota de llanto.

Era evidente que no quería que se compren-

diere que habia llorado sobre aquel papel.

Por dos veces volvió á echar hácia atrás su cabeza para evitar el que nuevas lágrimas manchasen la carta; porque, abierta ya la llave al sentimiento, no podia, sin duda, cerrarla su voluntad; y entre lágrimas y esfuerzos consiguió, al fin, terminar su carta, sin que llevase ninguna huella de su dolor.

Cerróla, la puso el sobrescrito y luego la besó, alzando al cielo sus ojos, que otra vez se inundaron de lágrimas.

¿A quién escribía así?

¿Por qué disimular ante la persona á quien se dirigía aquel mortal dolor?

¿Era orgullo el ocultarlo?

¿Era exceso de amor?

¿Escribía á su padre, á su marido, á su hermano, á una amiga, á un amante?

Todo esto me preguntaba yo, presa de mil dolorosas dudas, y como si aquella débil criatura, que me era aun tan desconocida, me hubiera pertenecido á mí solo.

Ella, mientras tanto, se habia quedado pensativa: opacas nubes pasaban por su frente, como en un día de primavera pasan por delante de la luz del sol esos pardos celajes que anuncian la lluvia de la tarde.

Con la mejilla apoyada en la palma de su blanca y delicada mano, surcada de venas azules, permaneció durante largo rato: ya no llo-

ra; pero todas las suaves líneas de aquel dulce rostro acusaban una tristeza profunda.

Por fin se levantó, é internándose en el fondo de la estancia, volvió á poco con un cestillo de labor que colocó sobre la misma mesa en que escribía: sacó una tapicería y se puso á trabajar.

Sin embargo, era indudable que aquella ocupacion mecánica no divertia su pensamiento ni aun alejaba sus sombrías preocupaciones; pues de cuando en cuando la aguja quedaba inmóvil en su mano y dejaba errar sus ojos en el vacío.

Como una hora trabajó en su labor; luego la dejó á un lado y fué á tomar un librito de un estantito suspendido de la pared.

Le abrió y se puso á leer con una atencion grave y sostenida: dos veces vi rodar una lágrima por su mejilla, que ella enjugó con el pañuelo que ya habia recogido las que su carta le arrancára.

Algun tiempo despues entró una criada en la estancia; era una mujer ordinaria y casi tosca, de mediana edad y que traia en la mano una bandejilla que sostenia un vaso lleno de leche; presentólo á la jóven, y esta lo tomó y lo bebió poco á poco.

Despues dijo algunas palabras á la criada y esta salió cerrando tras sí la puerta de la habitacion, y dejando de nuevo sola á su señora, que volvió á leer.

Yo consulté á mi reloj: eran las once, y llevaba tres horas de observacion, que me habian parecido tres segundos.

Despues de leer aún como una media hora, cerró el libro y se levantó; alejóse hácia el centro de la habitacion, y poco despues la ví volver con el cabello recogido para dormir, y vestida de un largo peinador blanco.

Asi me pareció mil veces más encantadora; asemejábase á la virgen de los amores puros, á la ninfa de las nobles y castas inspiraciones.

Entornó las maderas del balcon, y por última vez ví su dulce rostro alumbrado con los rayos de su lámpara.

Seguidamente se extinguió aquella, y su vivo resplandor fué reemplazado por el mucho más débil de una lamparilla, que ardía, sin duda, en el fondo de la alcoba.

Nada volvió á oirse: mi pensamiento la contemplaba dormida sobre su blanco lecho, tranquila y dulcemente.

Pero, recordando despues que la habia visto llorar, pensé que acaso sufria, que acaso llamaba á alguna persona y la echaba de ménos en su aislamiento.

Pensé, en fin, que mi presencia molestaba á la pobre mujer que habitaba en el cuanto; y viendo que nada se movia en la habitacion de enfrente, me despedí de la buena vecina y me